

Jesús y Sus Hermanos

Repasemos brevemente lo que ya hemos tratado. En el primer capítulo aprendemos que Dios todavía nos habla por medio de Su Hijo, quien es Heredero de todas las cosas, por quien todas las cosas fueron creadas, y quien, porque es el resplandor de la gloria del Padre y la imagen misma de Su sustancia, y sustenta todas las cosas con Su propia vida, ha hecho la reconciliación por los pecados, y está sentado a la diestra de la Majestad en los cielos, teniendo *«un nombre que está por encima de todo nombre»*. Él es mejor que los ángeles, porque es el Hijo unigénito, no creado, el Creador. A Él, y no a los ángeles, se le ha dicho: *«Siéntate a Mi diestra, hasta que ponga a Tus enemigos por estrado de Tus pies»*. No obstante, los ángeles no son seres insignificantes, ya que tienen la velocidad y la fuerza de los vientos, y el brillo y la rapidez del relámpago. Estos seres gloriosos se contentan con ser siervos de mortales que son herederos de salvación, ya que es la voluntad del Maestro.

Pero aunque los ángeles son tan excelentes en fuerza, a ellos no se les ha encomendado la obra de predicar la palabra de salvación. Esta, que al principio comenzó a ser hablada por el Señor, es encomendada por Él a los que oyen. La razón por la cual el Evangelio no es encomendado a los ángeles es que *«a los ángeles no sujetó el mundo venidero, del cual hablamos»*, que es los cielos nuevos y la tierra nueva, donde mora la justicia, y es idéntico al mundo que existió en el principio, cuando el hombre fue hecho rey sobre él y todo lo que contenía. *«Todo lo que Dios hace será perpetuo»* (Eclesiastés 3.14), y por lo tanto, la tierra una vez dada al hombre debe permanecer suya para siempre. Por eso es que al hombre se le da la obra de predicar el Evangelio, por el poder del cual el primer dominio ha de ser restaurado. *«Los cielos son los cielos de Jehová; mas la tierra dio a los hijos de los hombres.»* (Salmos 115.16).

Pero ahora no vemos todavía todas las cosas sujetas a él. Pero sí vemos a Jesús, que fue hecho un poco menor que los ángeles, por el padecimiento de la muerte, coronado de gloria y de honra, para que por la gracia de Dios gustase la muerte por todo hombre. No fue este *«presente siglo malo»*, marchitado por la maldición, lo que Dios dio al hombre. No; de esto hemos de ser librados por Cristo, quien se entregó a sí mismo para ese propósito. (Gálatas 1.4). Este mundo pasa, pero el mundo venidero es la posesión eterna del hombre, y el derecho a él ha sido ganado por la vida, muerte y resurrección de Cristo. Dado que el mundo fue dado al hombre en el principio, a Cristo se le ha dado autoridad para ejecutar juicio, *«por cuanto es el Hijo del Hombre»*. (Juan 5.27). ¿Quién tiene el derecho de juzgar, si no el Rey? Y este derecho Cristo lo ha obtenido para todos los hombres, ya que Él *«por la gracia de Dios gustase la muerte» «por todo hombre»*. Todos los que aceptan a Cristo son levantados para sentarse con Él, y hechos reyes y sacerdotes. *«Él levanta del polvo al pobre, y del muladar exalta al menesteroso, para sentarle con los príncipes, y hacerle heredar un trono de gloria.»* (1 Samuel 2.8).

“Por Todo Hombre”

Este derecho Cristo lo ha comprado para todo hombre. Para probar que los pobres no están excluidos, sino que los más miserables y despreciados tienen el dominio sobre el mundo venidero que se les ha dado, si tan solo lo aceptan, Cristo, el Hombre representativo, quien está a la diestra de la Majestad en lo alto como nuestro Precursor, fue el hombre más pobre que jamás haya vivido en la tierra. Su nacimiento fue de lo más humilde, y Su muerte de lo más deshonrosa, y durante toda Su vida Sus únicas posesiones fueron la ropa que vestía. No tuvo dónde recostar Su cabeza, y a menos que algún amigo bondadoso le diera refugio, la montaña desnuda era Su cama. Al tomar esta posición humilde, Cristo indicó que lo que Él ganó es para todo hombre. *«Todo hombre»* —toda alma— tiene en Cristo el derecho de llamar a Dios *«Padre mío»*.

«Porque convenía a aquel para quien son todas las cosas, y por quien son todas las cosas, que habiendo de llevar muchos hijos a la gloria, perfeccionase por aflicciones al autor de la salvación de ellos. Porque el que santifica y los que son santificados, de uno son todos; por lo cual no se avergüenza de llamarlos hermanos, diciendo: Anunciaré a mis hermanos tu nombre, En medio de la congregación te alabaré.» (Hebreos 2.10-12).

Trayendo Hijos a la Gloria

En el principio Adán *«era hijo de Dios»*. (Lucas 3.38). Como tal, fue *«coronado de gloria y de honra»*. Pero *«todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios»*. (Romanos 3.23). Esa es la razón por la cual no vemos ahora *«todas las cosas sujetas al hombre»*. El reino de gloria es tal porque es un reino de justicia. Pero Dios en Cristo está *«trayendo muchos hijos a la gloria»*, es decir, al dominio sobre el mundo venidero. El hecho de que los esté trayendo a la gloria, demuestra que carecen de ella. Pero la gloria y la justicia son inseparables, son realmente una misma cosa, como vimos en Romanos 3.23, donde la pérdida de la justicia es la pérdida de la gloria. Dios está trayendo a muchos hijos a la justicia. ¡Solo piénsalo! ¡Él está trayendo hijos a la gloria, a la justicia! Entonces Él reconoce a los pobres, pecadores, marginados deshonrados como Sus hijos, a quienes tan amorosamente anhela poner sobre todos Sus bienes. Sí; ni por un momento el padre ansioso del hijo pródigo dejó de pensar en él como su hijo.

“Perfeccionado por Aflicciones”

¿Qué le faltaba a Cristo para que necesitara ser perfeccionado? —Nada; porque Su carácter era perfección desde el principio. Él no solo es, sino que fue, *«santo, inocente, sin mancha»*. *«Por cuanto agradó al Padre que en Él habitase toda plenitud»*. La simple cita de algunos textos será suficiente para mostrarnos qué es ser perfeccionado. Cuando alguien le dijo a Jesús que Herodes procuraba matarle, Él respondió: *«Id, y decid a aquella zorra: He aquí, echo fuera demonios y hago curaciones hoy y mañana, y al tercer día seré perfeccionado.»* (Lucas 13.32). *«Y aunque era Hijo, por lo que padeció aprendió la obediencia; y habiendo sido perfeccionado, vino a ser autor de eterna salvación para todos los que le obedecen.»* (Hebreos

5.5-9). Compárese con Hechos 2.32, 33. El Apóstol Pablo dijo que su único deseo era ser hecho conforme a la muerte de Cristo; *«por si en alguna manera llegase a la resurrección de entre los muertos. No que lo haya alcanzado ya, ni que ya sea perfecto»*. (Filipenses 3.10-12). Y de los fieles patriarcas y profetas, que murieron en fe, sin haber recibido la herencia prometida, pero que esperan la resurrección, cuando les será traída (1 Pedro 1.3-5), dice que Dios ha provisto algo mejor para nosotros, *«para que no fuesen ellos perfeccionados aparte de nosotros»*. (Hebreos 11.39, 40). Murieron en fe, con caracteres tan perfectos como pueden ser, porque estaban completos en Cristo; pero en un Evangelio que incluye la redención del cuerpo, es evidente que la perfección se encuentra solo en la resurrección, y en el cambio de lo corruptible a lo incorruptible. Era apropiado que Dios hiciera al Hombre Cristo Jesús, quien es el Autor de la salvación, perfecto por medio de las aflicciones, porque el hombre ya se encontraba en un estado de sufrimiento, y no podía ser llevado a la gloria de otra manera que no fuera a través de los sufrimientos en los que fue arrojado.

“Todos de Uno”

«Porque el que santifica y los que son santificados, de uno son todos.» Estas son palabras maravillosas, en las que se nos asegura la unidad de Cristo con la familia humana. En esto tenemos la seguridad de Su simpatía. Él es uno con nosotros, unido a nosotros por lazos que nunca podrán romperse. Él es el Hijo del Hombre, y como tal, conoce cada debilidad, cada tendencia al pecado, cada tentación, cada dolor y cada tristeza que oprime a los seres humanos. ¡Qué mundo de consuelo en esa declaración de que somos *«todos de uno»*; que tenemos exactamente el mismo derecho que Cristo de llamar a Dios nuestro Padre!

“Sus Hermanos”

Porque todos son de uno, Jesús no se avergüenza de llamarlos hermanos. ¿A quién no se avergüenza de llamar hermanos? ¿Es a los ricos, a los instruidos, a los justos? —Ah, no habría fuerza en la expresión si fuera solo a ellos. ¿Qué mérito habría en no avergonzarse de personas de quienes no había nada de qué avergonzarse? ¿Quiénes son aquellos a quienes Jesús no se avergüenza de llamar Sus hermanos? —Son aquellos a quienes Él declara el nombre del Señor; porque la prueba de que no se avergüenza de llamarlos hermanos, es el hecho de que dice: *«Anunciaré a mis hermanos tu nombre»*. Ahora bien, los únicos que necesitan que se les declare el nombre de Dios son aquellos que no lo conocen, lo que incluye a toda persona en toda tierra que no conoce al Señor como su Salvador. Significa toda la humanidad antes de que les llegue la palabra de salvación. Jesús, en el cielo, miró a los hombres caídos y pecadores, errantes como ovejas perdidas, *«sin esperanza y sin Dios en el mundo»*, y dijo al Padre: *«Anunciaré a mis hermanos tu nombre»*. Así como Adán fue hijo de Dios, así también, aunque caídos, lo son todos sus descendientes. Han perdido su primogenitura y su derecho al nombre, de modo que en Cristo deben nacer de nuevo para ser hijos de verdad; pero Él, no obstante, no se avergüenza de llamarlos hermanos. Aquí hay esperanza para toda la humanidad. Y hay una lección para nosotros. Si Cristo no se avergüenza de llamar a los pobres, a los pecadores y a los marginados Sus hermanos, ¿por

qué habríamos de avergonzarnos nosotros? ¿Quiénes somos nosotros para mantenernos alejados de ellos? No, puesto que Él no se avergüenza de llamarnos hermanos, ¿cómo osamos nosotros avergonzarnos de reconocer nuestro parentesco con toda la humanidad caída y de reconocer sus demandas sobre nosotros? Quizás cuando aprendamos el significado completo de esas palabras, *«no se avergüenza de llamarlos hermanos»*, experimentaremos el poder total del Evangelio en nuestros esfuerzos por salvar a los hombres. No, no hay *«quizás»*; hay certeza. Pues, nótese la conexión: Él no se avergüenza de llamarlos hermanos; Él muestra Su unidad con ellos en su total desamparo, diciendo: *«Yo confiaré en Él»*; y luego siguen las palabras: *«He aquí, yo y los hijos que tú me diste»*. El éxito de la obra de Cristo mismo debe acompañar los trabajos de aquellos que, con Cristo, reconocen a los pecadores degradados como sus hermanos y trabajan por ellos con el mismo amor que llena Su corazón.